

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

ALGO DEL OTRO MUNDO

¿Qué sucede en la quinta
dimensión?

UNA VISITA AL CIELO

El relato de un retornado

UN ÁNGEL LLAMADO BEVERLY

Cuando el amor nos hace sufrir

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

© 2004, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.
<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Doug Calder

ILUSTRACIONES
Doug Calder
Hugo Westphal
Noel Lawrence
Étienne Morel

PRODUCCIÓN
Francisco López

AÑO 5, NÚMERO 9
Septiembre de
2004

A NUESTROS AMIGOS

Todavía recuerdo vivamente el 21 de julio de 1969, cuando las cámaras de televisión capturaron el histórico momento en que Neil Armstrong puso pie en la Luna. Las calles estaban vacías, toda la ciudad se detuvo, y durante varias horas estuvimos pegados al televisor. Asistíamos a uno de los momentos cumbre del siglo. No importaba que la imagen nos llegara en blanco y negro y bastante borrosa. Todos nos maravillamos de que los adelantos y conquistas de la humanidad hicieran posible el alunizaje de la nave Apolos y la transmisión en directo de aquella gesta que tenía lugar a cientos de miles de kilómetros de nuestro planeta. No creo que muchos entendieran la tecnología que hacía posible aquella proeza. Pero no importaba. El hecho es que funcionó.

Quizá te resulte algo extraño que empiece así un número de *Conéctate* sobre el Cielo y el mundo de los espíritus. El caso es que, así como los que presenciábamos aquel acontecimiento desconocíamos los avances de la técnica que lo hicieron posible, tampoco hace falta que entendamos todos los entretelones del mundo del espíritu para saber que existe y ser partícipes de sus bondades. Decir que uno no cree en el mundo espiritual porque nunca se ha asomado a él y no lo comprende sería como afirmar que no cree lo que ve en la televisión o que el hombre se posó en la Luna porque no estuvo presente cuando ocurrió. Eso no significa que el acontecimiento no se produjera.

Hizo falta gente muy capaz para descubrir las ondas electromagnéticas y su aplicación práctica, de modo que en nuestros tiempos llegáramos a disfrutar de la radio y posteriormente de la televisión. Ahora, sin embargo, todos somos beneficiarios de esos inventos. Dios también dispuso un medio para que nos conectemos con el mundo espiritual, de modo que todos le saquemos el debido provecho. Ese medio es la oración.

Una vez que aprendemos a hacer esa conexión se nos abren una serie de posibilidades extraordinarias: nos resulta más fácil establecer una íntima relación con Jesús, obtener soluciones muy concretas para nuestros problemas y hasta captar vislumbres de un mundo que trasciende la dimensión física en que nos desenvolvemos. Las perspectivas son innumerables. Nuestro amoroso Padre celestial ha puesto todo eso a nuestro alcance. Solo nos resta descubrirlo, emplearlo y recrearnos en ello.



Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

NUNCA HABÍA CONOCIDO A NADIE que hubiera tenido una experiencia de vida después de la muerte hasta que fui un día al Hospital Central de Tirana con unos compañeros de La Familia. Yendo de cuarto en cuarto conocimos a un hombre que no tenía aspecto de estar muy enfermo. Nos invitó a pasar y le dimos un folleto titulado *Amor sincero... amor sin fin*. Nos comentó que aunque él y su familia eran musulmanes, él no asistía a la mezquita. Sin embargo, tenía fe en lo espiritual y creía en Jesús.

En realidad no sabía nada de Jesús. Nunca había visto una película sobre Su vida ni había leído la Biblia; pero sí había tenido una experiencia personal con Él que lo había convencido de que en efecto Jesús era quien dijo ser.

«Fue hace dos años —nos dijo—. En aquel entonces tenía 58 y padecía varios trastornos de salud. Hasta que un día me dio un infarto. Me llevaron al hospital en coma. Mientras los médicos me atendían, tuve un paro cardíaco de 11 segundos.

»No recuerdo nada más, solo que de golpe vi un hermoso paraje que nunca antes había visto. ¡Era increíble! No sabía que había sufrido una muerte clínica porque todo me parecía muy vívido. Aquel lugar estaba inundado de luz, más que ningún sitio que haya visto en la Tierra. Lo surcaban ríos y arroyos, estaba poblado de árboles y tenía extensas zonas

verdes. No sabía dónde me encontraba, pero era maravilloso.

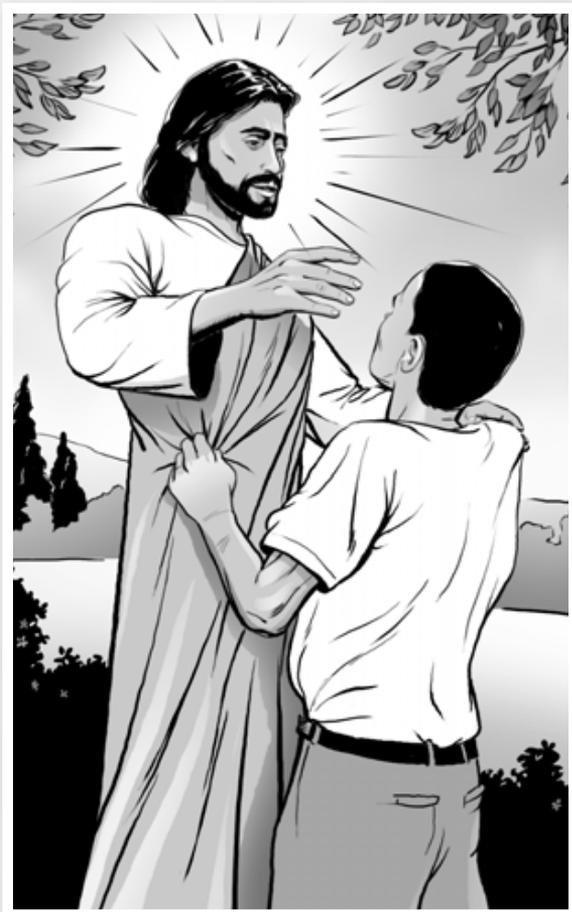
»De pronto vi a Jesús. Quedé estupefacto. Lo reconocí por algunos cuadros que había visto en la Tierra. Pero créanme que era mucho más real y más vívido. Yo estaba de rodillas, aferrado a Él, y le dije: «Aunque no soy más que un viejo, todavía puedo servirte. ¡Llévame contigo ahora!» Pero Él me dijo con serenidad: «Aún no; tienes que vivir».

»En medio de mis ruegos y súplicas para que me llevara con Él, los médicos me revivieron. Volví a la vida».

Mientras nos contaba su experiencia, aquel anciano temblaba, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Nos dijo que se lo había explicado a sus hijos y a otros familiares, pero que no le creyeron. «No me importa si me creen o no —comentó—. ¡Yo conocí a Jesús! ¡De eso estoy seguro!»

Le hablamos más sobre el Señor, Su amor y Su plan para la salvación. «Además de creer en Jesús —le dijimos—, puede tenerlo dentro de su corazón para siempre. Él quiere formar parte de su vida».

Seguidamente rezó con nosotros para aceptar a Jesús como Salvador. Cuando llegue el momento, el Señor le dará la bienvenida al Cielo. Se cumplirá entonces el deseo de su corazón: servirle y estar con Él para siempre. ♦



ESEN KALEMI ES
MISIONERO DE LA FAMILIA
EN ALBANIA.



LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

EN AÑOS RECIENTES, VARIOS MÉDICOS prestigiosos han observado y documentado cientos de casos de pacientes suyos que revivieron después de haber estado «clínicamente muertos», es decir, después que todas sus funciones vitales cesaron durante un lapso de unos minutos o incluso media hora. Muchos de esos supervivientes de la muerte narraron más tarde las prodigiosas experiencias que vivieron mientras estaban muertos.

Casi todos afirmaron que habían sentido algo increíble, como si flotaran en el aire desprovistos del peso de su cuerpo. Todas sus ansiedades y preocupaciones se desvanecieron de improviso al darse cuenta de que, si bien físicamente estaban muertos, espiritualmente seguían vivos, y Dios velaba por ellos. En la mayoría de

los casos se puso de manifiesto que, después de pasar por tales experiencias, su actitud frente a la vida cambió profundamente. Empezaron a manifestar más amor a sus semejantes, su fe creció y su vida cobró más sentido, pues sabían que se habían librado de la muerte para volver y cumplir cierta misión en esta vida. *(Si estás interesado en leer relatos documentados de más de 200 experiencias de este tipo, te recomendamos el famoso libro del Dr. Raymond Moody, «Vida después de la vida».)*

Según la Palabra de Dios, la otra vida no difiere tanto de nuestra existencia actual que no podamos concebirla. Nos asemejaremos mucho a como somos actualmente, con la salvedad de que nuestro cuerpo será sobrenatural, como el del Señor después de resucitar (Filipenses 3:21;

¿CÓMO ES?

DAVID
BRANDT
BERG

Sintieron
algo
increíble,
como si
flotaran en
el aire.

1 Juan 3:2). Jesús podía aparecer y desaparecer cuando quería, imagínate. Tenía la facultad de pasar de una dimensión a otra, de atravesar puertas cerradas y gruesos muros (Juan 20:19,26).

Sin embargo, el que adquiramos un cuerpo espiritual no quiere decir que hayamos dejado de ser nosotros mismos. Muchas de nuestras características serán las mismas que poseemos ahora. Después de resucitar, Jesús mismo también conservó muchos de los rasgos de Su cuerpo físico. Si bien podía comer y beber, y lo podían palpar y ver, poseía un cuerpo milagroso y sobrenatural, Su cuerpo glorioso (Lucas 24:36-43).

Seguirás siendo tú mismo. Tu mismo aspecto será muy parecido, aunque mejor... ¡mucho mejor! Vamos a estar en mejores condiciones en todo sentido. Nuestra comunicación con el

Señor será más directa, y conoceremos la plenitud del amor de Dios y las realidades del mundo venidero.

Naturalmente que esas experiencias de vida post mórtem que han tenido algunos son casos excepcionales. Es evidente que la mayoría de los que pasan a mejor vida no vuelven. Sin embargo, cuando nos llegue la hora, la muerte no es algo a lo que debemos tener miedo.

Al contrario de lo que piensan muchos, Dios no es un tirano cruel o un sádico que se proponga asustar a todos y mandarlos al infierno. Es más bien un Dios clemente que con mano amorosa quiere llevar a todo el mundo al Cielo. «Dios es amor» (1 Juan 4:8), y por medio de Su amor quiere asistirnos, salvarnos y hacernos

felices. Precisamente para eso nos creó: con el fin de que lo amáramos y disfrutáramos de Él por la eternidad, en esta vida y en la otra.

Lamentablemente alguna que otra vez todos hemos sido egoístas, antipáticos, faltos de amor o desagradables con los demás y hasta con Dios. La Escritura enseña: «Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). O sea que nadie se merece el Cielo. Sin embargo, otro pasaje concluye que aunque «la paga del pecado es muerte, la dádiva [don] de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23).

Recibir el generoso regalo de la vida eterna que Dios nos hace es como ser indultados de nuestros pecados y librados de culpa. Dios nos ama tanto que entregó a Jesús para que muriera en nuestro lugar, para que sufriera el castigo que nos correspondía a nosotros (Juan 3:16). De ahí que a los que creen en Él Jesús pueda prometerles: «No gustarás la muerte» (Mateo 16:28). Si aceptamos a Jesús y la vida eterna que Él nos regala, nuestro espíritu —la esencia de lo que somos— nunca morirá ni sufrirá la agonía de estar separado de Dios, aun cuando nuestro cuerpo físico muera. «El que oye Mi Palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:24).

Si aún no has aceptado a Cristo, puedes hacerlo ahora mismo rezando esta sencilla oración:

Jesús, creo que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te ruego que me perdones todos mis pecados. Entra en mi corazón y concédeme el regalo de la vida eterna. Ayúdame a amarte a Ti y al prójimo hablándoles de Ti, de Tu amor y de Tu verdad. Amén.

Habiendo aceptado a Jesús en tu corazón has hecho el más importante preparativo que se puede hacer para la vida y para la muerte. Así pues, cuando te llegue la hora, ¡aleluya! Habrás terminado tu misión en este mundo. Será el día de tu graduación: pasarás de este mundo a la dimensión celestial, al más allá, donde recibirás una gloriosa corona de vida eterna y podrás estar con Jesús y tus seres queridos para siempre. Los que conocemos a Jesús despertaremos en el reino celestial de Dios, donde gozaremos eternamente de paz, abundancia y amor para todos. ¿Estás preparado? ◇

Un ángel llamado Beverly



UNA DE LAS NIÑAS del hospital oncológico que suelo visitar acaba de morir. Probablemente debería sentirme feliz de que un niño más se haya ido al Cielo y de que su sufrimiento haya tocado a su fin. Pero me había encariñado con ella. Se llamaba Beverly y tenía siete años. En realidad nunca se la vio muy enferma. Tenía todo su pelito, y no estaba tan delgada como los demás. Di por hecho que todos los jueves a las 10 de la mañana estaría en la sala de juegos esperando a que empezara nuestra clase de dibujo.

Hoy no estaba. Y nunca volverá a estar.

Todos me habían aconsejado que no me apegara a los niños. «No puedes encariñarte con ellos», me decían. Pero yo no hice caso, pensando que era capaz de soportarlo. Entendía

que la vida de esos chiquillos pende de un hilo, pero pensé que sabría hacer frente a la situación si el hilo se rompía. Otros voluntarios abandonaron a raíz de la muerte de ciertos niños con quienes se habían encariñado. Fue más de lo que podían soportar. Pero yo pensé que era fuerte, que no me afectaría.

Y aquí estoy, llorando a mares.

Quizás es que Beverly era un ángel, demasiado buena para este mundo, y por eso le dieron sus alas antes que a nosotros. Parecía inmune a los males de esta Tierra, y era muy inocente para tener conciencia del pesar que dejan en sus seres queridos quienes parten de este mundo.

No parece tener sentido, ni para Beverly ni para los demás —miles, cientos de miles,

millones— cuya vida se verá prematuramente interrumpida. ¿Acaso pierdo el tiempo con esos chiquitines a quienes les queda muy poco tiempo de vida en esta Tierra? Si su existencia es tan frágil y transitoria, ¿está bien que los ame como si fueran a vivir para siempre?

Al plantearme esos interrogantes, llegué a una respuesta inesperada: precisamente porque el futuro de estos niños es tan imprevisible, cada día —cada segundo— cuenta. El quid de la cuestión no es si van a vivir o no, sino más bien si estoy dispuesta a vivir para amarlos.

Esta labor no entraña gloria alguna. Sé que me traerá más dolor cada vez que sea testigo del ocaso de otra tierna vida. Es inevitable que vuelva a encariñarme y vuelva a perder a alguien que me es entrañable.

De todos modos, existe un consuelo: la satisfacción de que si derramo unas gotas de amor sobre un ser humano que se llevará consigo el recuerdo de ese amor —ya en la Tierra, ya en el mundo venidero—, habré hecho lo que más importa.

Beverly vivió siete años. Puede que yo viva setenta más. No lo sé. Nadie lo sabe. La muerte es capaz de tomar a cualquiera por sorpresa. No obstante, pase lo que pase, cuando llegue al Cielo habrá un rostro que no me sorprenderá ver. Entre los que me aguardan para darme la bienvenida a ese lugar en el que no habrá más sufrimiento, ni llanto, ni muerte, estará el hermoso rostro de un ángel, un ángel llamado Beverly. ◇



Recompensas en el Cielo

Tienes toda la razón al decir que la salvación es un don de Dios y que es consecuencia de la fe. Obtenemos automáticamente el perdón de nuestros pecados y el acceso al Cielo en el momento en que confesamos esos pecados y aceptamos que Jesús es nuestro Salvador. Numerosos pasajes de la Escritura ponen eso de manifiesto.

No obstante, la Biblia expresa claramente que en el Cielo los salvos reciben otras recompensas además del perdón y la vida eterna, y que la magnitud de esas recompensas depende de las obras que hayan realizado:

«El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de Su Padre con Sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras» (Mateo 16:27).

«El que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (1 Corintios 3:8).

«He aquí Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:12).

Dios no hace acepción de personas en cuanto a la salvación (Hechos 10:34). En lo que a la salvación se refiere, nuestros actos terrenales no influyen para nada. Pero eso no quita

Respuestas a tus interrogantes

He leído en algunas publicaciones de La Familia que en la otra vida se nos recompensará por las buenas obras que hayamos hecho en esta. Sin embargo, la Biblia dice en Efesios 2:8,9 y en otros pasajes que somos salvos por gracia, no por obras. ¿No cabría deducir, entonces, que se nos recompensará por nuestra fe y no por nuestras obras? Si somos fieles a Dios y a Su Palabra, las obras vienen por añadidura. De todos modos, presumo que no deberían ser el factor que decida las recompensas celestiales. ¿Podrían esclarecerme este punto?

que premie nuestras obras, nuestra contribución a Su reino, los actos con que compartimos Su amor con los demás. Aparte de la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30), los siguientes versículos indican que efectivamente habrá un sistema de recompensas en el Cielo:

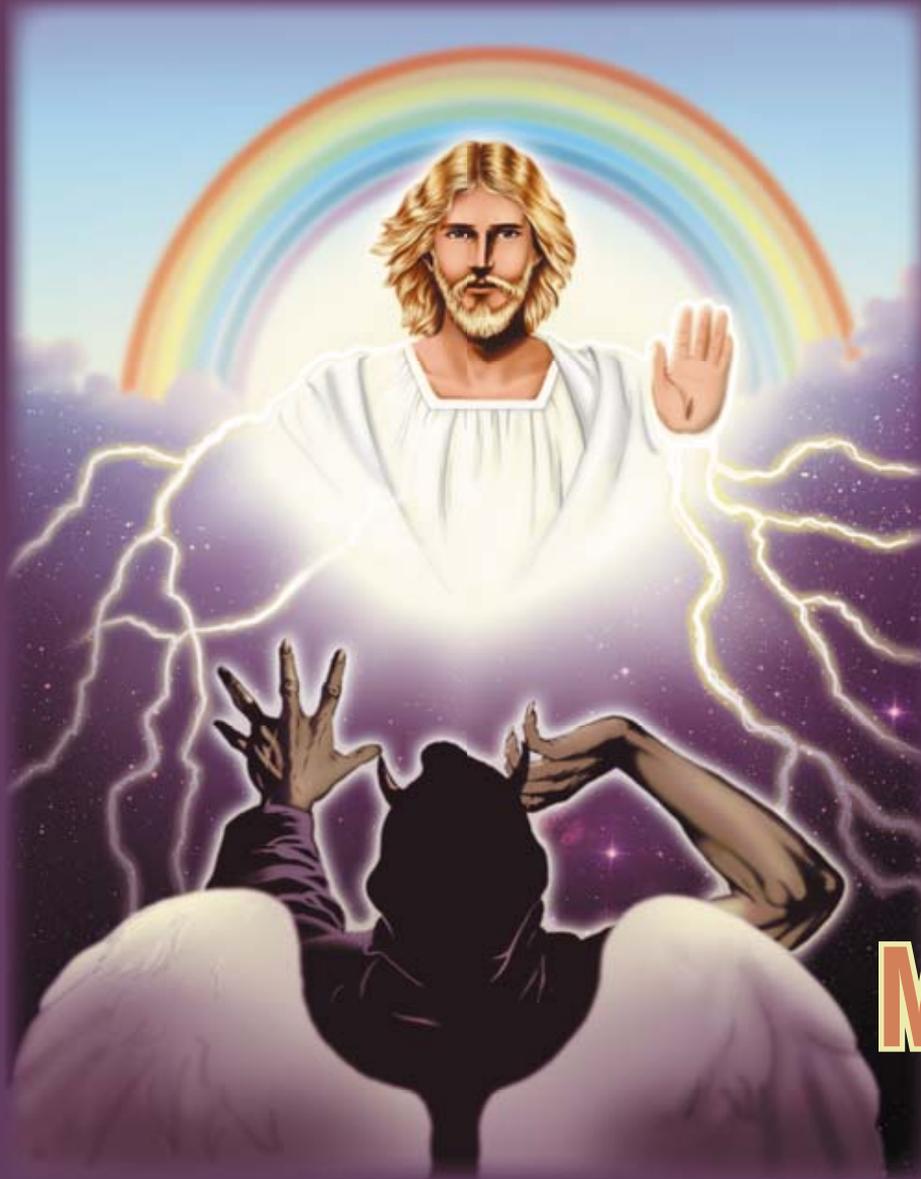
«Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará» (1 Corintios 3:11-14).

«[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras» (Romanos 2:6).

«Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia Su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún» (Hebreos 6:10).

No cabe duda de que Dios aplica un sistema de méritos y recompensas. Él bendice a quienes llevan la fe a la práctica cumpliendo Sus dos grandes mandamientos: «Amarás al Señor tu Dios», y: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-40). ◇

COMPILADO A PARTIR
DE LOS ESCRITOS DE
DAVID BRANDT BERG



ALGO DEL OTRO MUNDO

EN LA ACTUALIDAD mucha gente está dándose cuenta de que el mundo espiritual es muy real, de que existe algo que trasciende nuestro mundo cuatridimensional delimitado por la longitud, la altura, la anchura y el tiempo. Muchos anhelan sinceramente descubrir la verdad y una espiritualidad genuina. Lamentablemente, en numerosas ocasiones recurren a personas que no saben nada

del tema. Y en su búsqueda de realidades espirituales no les queda más remedio que probar otros medios que les permitan conectarse con la dimensión del espíritu.

Pero la mayoría no tiene conciencia del terreno en que está hurgando. El mundo espiritual tiene dos facetas, una buena y una mala, y las fuerzas que pugnan en él son muy poderosas. De modo que

quien penetra en esa esfera sin la guía y protección del Señor está jugando con fuego. Por eso tanta gente se vuelve loca cuando incursiona en el ocultismo o toma alucinógenos. Vislumbra el lado oscuro del mundo del espíritu sin estar preparada para lo que ve y sin ninguna protección.

Lo mismo les sucede a algunos científicos y a otros estudiosos de los fenómenos

paranormales como la percepción extrasensorial, la telepatía y la hipnosis. Lo que la mayoría quizá no comprende es que se enfrenta a fuerzas espirituales ligadas a la dimensión sobrenatural.

En los últimos tiempos se han puesto de moda películas que han vuelto a despertar el interés de la gente por el mundo espiritual. Desgraciadamente, suelen acentuar el aspecto negativo del tema —el Diablo y sus fechorías— y plasmar horrores que no siempre son fantasías del guionista. Los demonios son un fenómeno tan común hoy en día como en todas las épocas.

La guerra espiritual

Como puntualizó el apóstol Pablo, no luchamos «contra sangre y carne, sino contra [...] los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra hueses espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12). Nuestra vida cotidiana, los acontecimientos que se producen y, en última instancia, el futuro del mundo se ven influidos por las batallas que se libran en la dimensión espiritual entre Dios y Sus ángeles por un lado, y el Diablo y sus demonios por el otro. Lo que sucede en la superficie no es sino una manifestación física de la verdadera acción, que se desarrolla en el mundo de los espíritus.

Aunque mucha gente se ve atormentada por demonios y necesita liberarse de ellos, no entiende que su enfermedad es de índole espiritual, o bien no sabe cómo valerse de la ayuda del Señor. Por ejemplo, muchos médicos y siquiátras tratan la esquizofrenia como si

fuera un trastorno puramente psicológico o fisiológico. Para contrarrestarlo emplean medicamentos, cuando en realidad la causa en muchos casos es de orden espiritual.

Nosotros también desempeñamos un papel trascendental en la guerra espiritual, pues estamos en condiciones de determinar el desenlace según las decisiones que tomemos y el fervor con que oremos. Tenemos autoridad sobre todos los demonios del infierno y sobre el Diablo mismo gracias al poder que Jesús prometió a Sus seguidores (Lucas 10:19). Por ejemplo, en el caso de que una persona se vea atormentada mental o emocionalmente por espíritus perversos, podemos ordenarles que se marchen y dejen de afligirla.

El aspecto tenebroso

Pero ¿qué hay del culto al Diablo, la brujería, la magia negra, etc.? ¿Es posible recurrir a fuerzas espirituales para influir en otras personas o hechizarlas? Veamos: así como Dios tiene Sus medios de comunicación en el mundo de los espíritus, también los tiene su imitador, el Diablo. Así como Dios tiene Sus hijos, el Diablo tiene sus cautivos. ¡Así como el Espíritu de Dios puede poseer-nos a nosotros que somos hijos de Dios, el espíritu del Diablo puede poseer a sus hijos!

Dios ha estimado conveniente otorgar al Diablo cierto poder y control en la dimensión espiritual, siempre dentro de ciertos límites. La magia negra, la demonolatría y otras vertientes del ocultismo no son supercherías; existen realmente. Y quienes las practican ejercen

verdadero poder. Así como los hijos de Dios pueden acudir a Él y pedirle que ayude a ciertas personas o que intervenga en determinada situación, los hijos del Diablo pueden comunicarse con él para maldecir a otros.

Dios ha concedido ciertos poderes al Diablo, particularmente sobre sus hijos, los que han rechazado a Cristo y por ende carecen de la protección del Espíritu de Dios. Por misericordia, el Señor da a todos cierta inmunidad o protección contra la influencia de Satanás hasta el momento en que deciden aceptar o rechazar a Jesús. Quienes rechazan la verdad se exponen a ser presa de las mentiras del Diablo (2 Tesalonicenses 2:10,11).

El bando de Dios

Naturalmente, existe también la parte buena del mundo de los espíritus: la de la luz, en la que moran el propio Dios, Su Hijo Jesús, el Espíritu Santo y muchos otros espíritus buenos. Entre estos se cuentan los siete espíritus de Dios mencionados en Apocalipsis 4:5; las siete estrellas o ángeles o espíritus de las siete iglesias de Apocalipsis 1:20; los cuatro espíritus de los cielos de Zacarías 6:5, y un sinnúmero de otros mensajeros celestiales, ángeles y espíritus de Dios referidos en la Biblia, además de los espíritus de los santos difuntos. Todos ellos evidentemente son buenos espíritus.

Es a estos a los que alude Pablo en Hebreos 12:1, la «grande nube de testigos» que tenemos en derredor nuestro ahora mismo. A semejanza de una nube, que se compone de millones de partículas de agua,

esa nube consta de millones de espíritus buenos.

En otro pasaje, Pablo hace la siguiente pregunta retórica: «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Hebreos 1:14). Es decir, que no solo nos observan, sino que velan por nosotros, nos amparan y procuran influir en nosotros para bien. De principio a fin, la Biblia está salpicada de promesas de protección espiritual, por ejemplo: «El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Salmo 34:7), y: «A Sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos» (Salmo 91:11).

Distinguir entre unos y otros

¿Cómo distinguimos entre las buenas fuerzas espirituales de Dios y los perversos espíritus del Diablo? La Biblia nos manda «examinar los espíritus para ver si vienen de Dios» (1 Juan 4:1, Biblia Latinoamericana). La diferencia normalmente es inequívoca: radica en que el poder de Dios es creativo y dispensa amor, mientras que el poder Diablo es destructivo y está lleno de odio. El Espíritu de Dios ministra amor, gozo, paz, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio, todo ello bueno (Gálatas 5:22,23). En cambio, el Diablo y sus espíritus malignos inspiran temor, odio, resentimiento, conflictos, miserias, confusión y tormentos, todo ello malo.

Lo mismo vale para los pensamientos, que determinan nuestra actitud y dirigen nuestras acciones. Cuando un pensamiento no armoniza con

la Palabra de Dios o nos lleva a ser desconsiderados, a resentirnos, a criticar a los demás o a estar descontentos e insatisfechos, es que no proviene del Señor, sino del enemigo de nuestra alma, el Diablo.

La mejor protección

El Señor vela por los Suyos. Jesús dijo: «Mis ovejas oyen Mi voz, y Yo las conozco, y me siguen, y Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano» (Juan 10:27,28). Una vez que aceptamos a Jesús, pasamos a ser propiedad Suya, y el Diablo no puede recobrarlos.

No obstante, eso no significa que no podamos meternos en muchos aprietos si somos descuidados y no oramos como debiéramos; o si desobedecemos tercamente Su Palabra y desoímos Sus advertencias. Así que nos conviene obedecer las leyes divinas basadas en el amor y no dar lugar al Diablo en nuestra vida (Efesios 4:27). «Someteos, pues, a Dios; resistid al Diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

Quienes conocemos y amamos al Señor no tenemos por qué temer al Diablo: hay una fuerza mayor que nos protege. «Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4). Es como si Dios nos dijera: «Mi poder en ti es mucho, muchísimo mayor que el que ejerce el Diablo por medio de sus seguidores». La protección que nos proporciona el Señor se asemeja a un campo de fuerzas que nos rodea y que el Enemigo no puede traspasar, mientras que el poder de Dios es como una luz que penetra en las tinie-

blas del Diablo y las disipa. La oscuridad no puede existir en presencia de la luz.

Si somos del Señor y obramos conforme a Su voluntad, el Diablo no puede tocarnos. Por ende, cuando el demonio está en situación de causarnos molestias, es casi siempre porque nos hemos apartado de la protección del Señor a raíz de desobediencias, descuidos o pecados. El Señor se vale de eso para que escarmentemos y volvamos de prisa a Él. Cuando lo hacemos, siempre está presente para librarnos y resguardarnos.

Nos aguardan maravillas

Aunque la Biblia habla mucho del mundo de los espíritus y de la guerra espiritual, algunos cristianos lo pasan por alto y prefieren hacer como si no existiera. Le tienen aprensión al tema, pues consideran que raya en el espiritismo, y que hablar de apariciones de ángeles o de santos difuntos es muy semejante a convocar espíritus de adivinación y tratar con malos espíritus y diablos, lo cual la Palabra de Dios censura.

Eso, sin embargo, no significa que debemos cerrarnos completamente a las realidades del mundo del espíritu, la esfera en que mora el propio Dios con Su Hijo Jesús, el Espíritu Santo, todos Sus espíritus ministradores, los ángeles y también los espíritus de millones de santos difuntos. No podemos condenar toda comunicación con el mundo de los espíritus por el solo hecho de que el Diablo también actúe y more en él acompañado de sus demonios. Eso sería comparable a negarse a escuchar música simplemente

MI ÁNGEL DE LA GUARDA

porque el Diablo también se sirve de ella. Si rehuyéramos todo lo que el Diablo utiliza, ni a Dios ni a nosotros nos quedaría mucho que pudiéramos emplear para Sus buenos propósitos.

No tenemos que esperar a morir para adentrarnos en el mundo que vendrá. «Como está escrito: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios» (1 Corintios 2:9,10). Dios quiere que despertemos a las realidades de la dimensión espiritual para que disfrutemos de lo bueno, nos beneficiemos de la asistencia que ha dispuesto en él para nosotros y combatamos el mal con mayor eficacia.

Una vez que has aceptado a Jesús en tu corazón y por lo tanto has «nacido de nuevo del Espíritu» (Juan 3:5), estás en condiciones de explorar sin peligro las maravillas de la parte buena del mundo espiritual. No tienes que albergar miedos ni preocuparte de ningún demonio, ni siquiera del propio Satanás. Dios, Su amoroso Espíritu Santo y Sus huestes de magníficos ángeles te acompañan, te rodean, te escudan y te libran de todo mal (Salmo 34:7; 91:10-13). ◇

LA PRIMERA VEZ QUE VI A MI ÁNGEL DE LA GUARDA fue cuando era un muchacho. Me dirigía a un antro de la ciudad, y cuando crucé la calle de repente él se me plantó delante, en la acera. Era alto, rubio y bien parecido. Aunque tenía rasgos muy finos, iba vestido de vagabundo, con un sombrero flexible. Me miró ferozmente, como si echara llamas por los ojos, y comprendí que no se iba a apartar ni un centímetro de mi camino. No me habló en voz alta, sino mentalmente, con los ojos o los pensamientos. Sea como sea, lo oí bien claro en mi cabeza. Con expresión de disgusto me dijo: «¿Adónde te propones ir?» Él sabía adónde me dirigía y estaba allí para detenerme, gracias a Dios. Y vaya si me detuvo. Llegué a estar a menos de un metro de él, cara a cara, y casi me mata del susto. Por poco me caigo de espaldas. Total que eché a correr en la dirección opuesta por aquella congestionada calle, esquivando los autos. Fue un milagro que no me atropellaran. Tomé el primer tren de regreso a casa. No veía la hora de salir de allí. Me dio pánico, pues lo reconocí enseguida: era un ángel de Dios vestido de paisano, enviado para impedir que cometiera un grave error. Surtió efecto, y nunca lo olvidé. Gracias a Dios por Sus ángeles, que velan por nosotros en todo momento, entre ellos nuestros ángeles de la guarda, que se encargan de cuidarnos. ◇



Así es el Cielo



APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

JOSEPH CANDEL

DESDE LOS ALBORES de los tiempos la gente ha especulado, fantaseado y elaborado toda suerte de teorías sobre las características y la ubicación del lugar al que iría después de morir. Pues bien, no hace falta especular, fantasear ni elaborar más teorías. La Palabra de Dios —la Biblia— responde a esos interrogantes con toda claridad y de forma muy explícita.

El Señor trasladó a algunos de Sus profetas a la dimensión espiritual y los llevó en una especie de recorrido turístico. A su regreso, detallaron lo que habían visto. He aquí, por ejemplo, la descripción del apóstol Juan:

Vi un cielo [una atmósfera] nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, descender del Cielo, de Dios [...].

Y oí una gran voz del Cielo que decía: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán Su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

»Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron».

Y el que estaba sentado en el trono [Jesús] dijo: «He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas».

Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspes, diáfana como el cristal. [...] La ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio.

Apocalipsis 21:1-5,10,11,18

Juan añade que la base de dicha gran ciudad venida del espacio forma un cuadrado perfecto y tiene 2.220 kilómetros de lado. Su altura es igual a su longitud y su anchura, o sea que se adentra 2.220 kilómetros en el cielo (Apocalipsis 21:16). Es de imaginarse la imponente belleza de esa gigantesca ciudad piramidal hecha de oro transparente y cristalino, que se erigirá sobre la Tierra y será 250 veces más alta que el monte más elevado del mundo, el Everest.

[La ciudad] tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles.

Apocalipsis 21:12

Un ángel vigila cada puerta. El hecho de que la ciudad tenga un muro alto y puertas vigiladas por ángeles implica que habrá gente que no podrá entrar en ella.

[Tenía] nombres inscritos [en las puertas], que son los de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; al occidente tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. [...] Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla.

Apocalipsis 21:12-14,21

En cada una de las puertas figura el nombre de una de las doce tribus de Israel. Así honrará Dios a los judíos que han sido fieles y han creído y obedecido al Señor. También honrará a los primeros doce apóstoles por la gran labor que realizaron al fundar Su Iglesia. Pondrá sus nombres en los doce niveles del muro.



Las hojas
del árbol
eran para la
sanidad de
las naciones.

Juan señala que un ángel midió el muro, y que este tenía 66 metros de alto. Cada uno de los doce niveles tiene 5,5 metros de alto y es de una piedra preciosa o semipreciosa diferente: rubí, diamante, esmeralda, etc. (Apocalipsis 21:17-20). Y siendo que el muro rodea toda la base de la ciudad, su longitud total es de casi 9.000 kilómetros. Resulta difícil imaginarse 9.000 kilómetros de esmeraldas, rubíes y otras piedras preciosas. Jamás ha visto la humanidad semejante belleza, semejantes riquezas.

¿Te imaginas cómo serán las puertas de una ciudad así, cuyo muro se eleva a 66 metros de altura? Deben de ser gigantescas. En este mundo no hay perlas así.

Las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.

Apocalipsis 21:24

Todos los hijos de Dios salvados vivirán con Él para siempre dentro esa gran ciudad celestial. Fuera de ella subsistirán multitudes de personas que luego de resucitar de entre los muertos y comparecer a juicio ante el gran trono de Dios habrán obtenido permiso para vivir en la Tierra. Para entonces el planeta será paradisíaco, pues habrá sido recreado con todas las características del Edén (Apocalipsis 21:24-26).

Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.

Apocalipsis 21:25

Esa magnífica ciudad celestial estará abierta las 24 horas del día. Sus habitantes no necesitarán dormir.

No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el Libro de la Vida del Cordero.

Apocalipsis 21:27

Los únicos que podrán entrar por sus puertas nacaradas serán los salvos, los que tengan su nombre escrito en el Libro de la Vida del Cordero. Allí no habrá nada impuro. Ni calles urbanas sucias, ni violencia, ni delincuencia. Todo estará impecable y hermoso. ¡Qué lugar tan estupendo! El Cielo en la Tierra.

Después [el ángel que me enseñaba la ciudad] me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.

En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.

Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y Sus siervos le servirán, y verán Su rostro, y Su nombre estará en sus frentes.

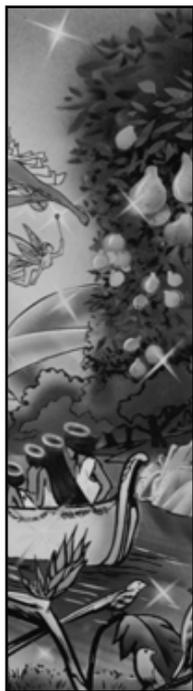
No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará.

Apocalipsis 22:1-5

Los habitantes de la ciudad entrarán y saldrán de ella por esas 12 gigantescas puertas. Dentro de ella disfrutarán de las maravillas y placeres de la ciudad celestial, y saldrán con hojas del «árbol de la vida», que serán «para la sanidad de las naciones» (Apocalipsis 22:2). Prestarán ayuda a los que estén fuera y les ofrecerán sanación. Asimismo los instruirán en el conocimiento del Señor, Su amor y Sus caminos, a fin de que algún día todos lo conozcan, lo amen y se integren a Su reino de amor.



¿Podrás tú pasar por esas puertas de perla para disfrutar libremente de la ciudad celestial y sus maravillas? ¿Eres salvo? Si no estás seguro, entra espiritualmente ahora mismo en el reino celestial de Dios. Es muy sencillo. Lo único que tienes que hacer es aceptar a Su Hijo Jesucristo en tu corazón. Él dijo: «Yo soy la puerta; el que entra por Mí está a salvo» (Juan 10:9, Biblia Latinoamericana). ◇



LECTURAS ENRIQUECEDORAS

EL MUNDO DEL ESPÍRITU

La Biblia está llena de colosales descripciones del mundo espiritual. He aquí unas cuantas:

Ángeles al rescate

Génesis 19:1-28

Jacob lucha con un ángel

Génesis 32:24-30

Las huestes del Cielo

2 Reyes 6:8-23

Una carroza de fuego

2 Reyes, capítulo 2

El trono de Dios

Ezequiel, capítulo 10

Se logra comunicar el mensaje

Daniel, capítulo 10

La conferencia cumbre de Cristo

Mateo 17:1-9

Viaje de Juan al mundo del espíritu

Apocalipsis 1:10-18

Visión de la ciudad celestial

Apocalipsis, capítulo 21; 22:1-5

LA ALABANZA NOS ACERCA AL CIELO

En el Cielo la alabanza es importantísima. Todos tienen una actitud constante de alabanza al Señor. Es inherente a la vida celestial. Nosotros mismos, por medio de nuestras alabanzas, nos trasladamos a esa dimensión en espíritu, con lo que podemos ser también partícipes de ese clima de alabanza. «Entrad por Sus puertas con acción de gracias, por Sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid Su nombre» (Salmo 100:4)

La alabanza es una de las fuerzas más poderosas del Cielo. Cuando alabamos al Señor accedemos al bálsamo sanador del Cielo, que nos despeja la mente, alivia las tensiones y nos renueva espiritualmente. La alabanza nos proporciona fortaleza espiritual. No solo hace posible que elevemos nuestra alma, sino que recibamos aún más poder desde la dimensión celestial. Se podría decir que la alabanza abre los conductos de los Cielos, dando lugar a que descendan en abundancia las bendiciones. O sea que alabando no sólo se sale adelante de las pruebas y dificultades, sino que también se hacen descender las bendiciones de Dios.

La alabanza es manifestación de amor. Es una forma de expresar al Señor cuánto lo amamos y agradecerle todo lo que hace por nosotros. En la medida en que lo alabamos y le expresamos el amor que sentimos por Él, Él nos lo corresponde y hace descender sobre nosotros Sus bendiciones. Así que canta, ora y dirígale alabanzas. Conforme suben las alabanzas, descenden las bendiciones.

DÍA DE BIENVENIDA

El moribundo es un globo que arroja su lastre y se eleva hacia la eternidad azul suave con inédita ligereza hasta abrazar a Dios y desvanecerse en Él.

Alegrémonos: tú allá; yo aquí...

Festejemos que quedarán enterrados todos nuestros pesares sin que nadie les ponga cruz y que nuestras ofensas pasarán al reino de lo superable... infinitamente.

Las desdichas soltarán su *des*. Se purificarán, se desnudarán de su nostalgia innata, como prenda al revés que sólo presentaba hilachas y, de pronto, vuelta al derecho, exhibe su artístico bordado, el sentido de su genial manufactura.

La muerte no es más que trasplantar una flor del desierto de este mundo al jardín de los paraísos. Buen día es el último de la vida, el día del paso a algo superior... de una sonrisa que se despega del rostro pura, libre, sublime, sin preponderar ni decepcionar... día de la despedida que no es más que una bienvenida entre seres magníficos. Día de luz, de alivio, de jubiloso desdoblamiento. Del pobre acá... al célico más allá.

GABRIEL SARMIENTO

DAVID BRANDT BERG

La luz de Mi amor

Si tienes fe en Mí, no tienes por qué sentir miedo del futuro. Si me llevas en el corazón, puedes tener la certeza de que velaré por ti todos los días de tu vida e incluso en el más allá. Cuando una persona me conoce, cree en Mi amor y tiene fe en que le aguarda un mundo mejor, halla paz.

Deja que la luz de Mi amor alumbre tu vida. Esa luz te dará serenidad y solaz. Si sabes que te amo, puedes tener la tranquilidad de que todo saldrá bien.

Aunque te resultaría imposible imaginarte el amor, la alegría y la libertad que te aguardan en la dimensión celestial, puedo darte un pequeño anticipo, dejarte echar un pequeño vistazo al Cielo y sus maravillas. ¿No quieres ponerte bajo la luz y bañarte en ese amor?

DE JESÚS, CON CARIÑO

